

IX

La Canonessa á la Marquesa.

Francfort, Marzo de 186...

He tardado en contestar á tu carta cerca de dos meses, mi querida Ana, porque he estado enferma de alguna gravedad: apenas levantada, tomo la pluma para hablar contigo un rato y para llenar de mi letra gruesa y redonda algunos pliegos de papel, aunque tenga que descansar de cuando en cuando.

Tus penas han entristecido mi ánimo: siempre he creído que tenías el derecho de ser feliz, si este derecho está reservado por el Todopoderoso á las almas dignas y buenas; pero veo que aun eres desgraciada, y recuerdo que lo has sido casi toda tu vida, acaso porque el cielo quiere probarte y ofrecerte ocasión de merecer la eterna gloria.

No sé, en verdad, amiga mía, qué remedio darte para los males que te afligen; ya hace años que conozco á tus nietos, y veo que son verdaderos los retratos que haces de ellos; no te ciega el amor maternal, y este amor, por grande que sea, no excluye la justicia, como sucede con todos los sentimientos nobles. Sí, Pablo ha nacido con el carácter petulante y la imaginación fogosa de su

padre, y Eufemia con la prosa encarnada en todo su sér.

Pero ¿acaso puedes tú deshacer la obra de la naturaleza? ¿Puedes cambiar sus caracteres, sus sentimientos, sus tendencias, sus aficiones? Si fuera Pablo jorobado, ¿podrías tú quitarle la joroba? Pues más fácil sería acaso corregirle esa imperfección física, que las morales de que adolece: hazte cuenta que lleva una joroba inmensa en su propio carácter. y que tú no puedes hacérsela menor ni librarle de ella.

Una sola cosa podría atemperar la índole fiera de tu hijo: el amor; ponle en su camino, si te es posible, una joven hermosa y buena, y pide á Dios que se enamore y que se case: si no curado, se hallará aliviado á lo menos.

El mismo medio puede cambiar también el natural de Eufemia: el amor es el rayo de sol de la juventud, que sin él camina en las tinieblas.

Mis hijos tenían otras condiciones morales que tus nietos: mis hijas, más tímidas, más humildes y menos bellas que Eufemia, eran mucho más frívolas que ella; mi hijo tampoco ha tenido jamás ni el carácter fogoso ni la absoluta libertad del tuyo: educóle un padre severo y bueno á la par, y ha vivido siempre bajo el freno saludable del respeto.

La fatalidad de tus dos hijos consiste, á mi parecer, en que son demasiado superiores y demasiado altivos: ¿quién sabe? acaso variarán; y si no

varían, los dolores positivos de la vida domarán lo mucho que hay en ellos de duro é independiente: ni tú ni yo podemos hacer más que rogar al cielo para que esto suceda.

Te lo repito: los padres que tienen hijos muy feos, tienen que soportarlos tales como son: el que los tiene imperfectos moralmente, tiene que soportarlos también, pues no es posible prescindir de ellos.

Más que la suerte de esos dos niños mimados y orgullosos, me compadece, amiga mía, tu completa soledad. ¡Cuánto sería mi gozo si estuvieras á mi lado en este apacible retiro!

No hay una hora en el día en que yo no dé gracias á Dios por haberme traído aquí.

En mis largos viajes, la Alemania era siempre el país que deseaba volver á ver, y en el cual tenía yo fijos los sueños de mi vejez; por eso, no bien mi esposo pasó á una vida mejor, corrí á esta apacible y dulce mansión, tan separada de las pompas mundanas y tan cerca de Dios.

Nuestro capítulo, situado á la entrada de un frondoso bosque, es una casa muy grande, que casi se parece en su arquitectura á un castillo feudal: extensos jardines llenos de agua y de flores, un hermoso templo y una habitación cómoda y sencilla para cada una de las damas aquí reunidas; tal es lo que encierra este edificio, semejante á una paloma que sacude sus alas al salir de su nido de verdura.

Podemos salir á cualquiera hora del día, y por la noche nos retiramos temprano y pasamos la velada en la sala capitular.

Dividimos la vida entre el trabajo, que es una distracción, y la oración, que es un reposo; y yo, aunque pienso mucho en mis hijas, casadas lejos de mí, en mi hijo, solo en el mundo, estoy tranquila, porque nuestros corazones están unidos por lazos invisibles é inquebrantables; diríase que sólo nos separa un velo trasparente, y que nuestro reciproco amor levanta á cada instante esta ligera gasa.

Cuando heredó mi hijo su título de Conde de Maceda, á la muerte de mi hermano, yo le aconsejé que se casara; pero él se resistió y respondía á todas mis reflexiones:

—No amo, madre mía, á ninguna mujer lo bastante para hacerla mi esposa.

Después de siete años de separación, me responde hoy lo mismo, y pienso que su intimidad con tu Pablo le afirma cada día más en su resolución de no casarse nunca.

¡Ay Ana! también yo tengo penas; temo que Germán muera soltero y que deje extinguir el título de su padre y el que él lleva, por no hallar una mujer digna de él.

Todas le parecen ligeras, aturdiditas y llenas de defectos; todas le parecen muñecas de tocador; pero al mismo tiempo, cuando me habla de Eufemia, se burla de sus escasos atractivos, aunque confiesa que su belleza es sin igual.

¿No te parece posible, amiga mía, la unión de nuestros dos hijos?

¿No te alegraría si llegara á efectuarse?

Por lo que á mí hace, llenaría todos mis votos, si pudiera perder Eufemia la joroba moral de su altivez, de su intolerancia, de su excesiva perfección.

Mi hija mayor, que, á su paso para Francia por ese puebló, ha estado á hacerte una visita, me ha dicho que tienes en tu compañía á una joven bella como un ángel: ¿quién es esa joven? el relato de mi Blanca, que no es ni entusiasta ni exagerada, me ha llenado de curiosidad.

«Imagínate mamá—me escribe—la joven más linda, y aun no podrás formarte idea de las gracias de Modesta,—éste es el nombre que le daba la Marquesa;—una tez de nácar y rosa, unos grandes ojos oscuros, llenos de luz y de sensibilidad, una cabellera rubia, sedosa y abundante, una nariz griega, una boca seria y graciosa á la vez, una frente llena de nobleza y de serenidad; todo esto es lo que á primera vista llama la atención en esa encantadora niña; pero si se contempla con atención, cautiva, aun más que su belleza, el raro conjunto de distinción y de candor que se advierte en ella, la dulzura penetrante de su voz, y la bondad inteligente y tierna de su sonrisa: primero se la admira, después se le dedica una simpatía irresistible: yo pienso que debe ser alguna desgraciada acogida por nuestra generosa amiga, y en ese caso

quisiera añadir mi óbolo á los beneficios de la Marquesa y unir una pequeña suma al dote de la bella é interesante Modesta.»

Permite, pues, amiga mía, que Blanca y yo nos asociemos á tu buena obra; dime quién es esa joven, y no te niegues á admitir para ella un modesto dote, que se depositará en casa de tu notario.

Termino, como empecé, aconsejándote que no te empeñes en mejorar las obras del Criador, y que dejes á tus nietos ser *lo que son*, porque jamás pueden ser otra cosa, puesto que no está en tu mano cambiar su índole ni sus particulares inclinaciones.

Déjales acompañados de su tía, y ven á pasar un mes al lado de tu amiga

GERTRUDIS.

X

Pablo de Hinestrosa al Conde de Maceda.

Castillo de Valflores, Marzo de 186...

Ya estoy en este valle, mi querido Germán: en este valle, verdadero nido de flores, donde mi noble abuela ha venido á abrigar los últimos años de su santa y tranquila vida: cuando veo á esta anciana venerable esperar, llena de calma y de paz, á que la tumba se abra para recibirla, no

puedo menos de pensar en lo distinta de la suya que será nuestra vejez.

Paréceme, sin embargo, que la enfermedad moral y terrible que me aqueja se alivia bajo el techo maternal; mi pecho enfermo respira mejor: hay aquí en el aire yo no sé qué perfumes sanos y frescos, que templan la sangre abrasada que corría por mis venas; por la noche, y á la luz de la luna llena, paseo con mi abuela al pié de la montaña; hablo con ella y le cuento mis dolores y mis locuras, pues esta buena y sublime madre comprende mi corazón, y hasta el lenguaje de mis suspiros.

De vez en cuando apoyo mis labios en los hermosos rizos plateados que guarnecen su frente, con más amor y con más ternura que lo haría sobre la cabellera negra ó rubia de una joven de veinte años: mi madre ha sido divina en su juventud y es aún hermosa en la ancianidad.

Bajo su mirada me siento renacer, y su sonrisa es como el bálsamo de mi alma.

Preguntándole yo anoche qué nombre tienen la angustia moral y el terrible desaliento que me consumen, me hizo sentar á la orilla de una fuente que brota al pié de un árbol; sentóse ella á mi lado y me habló con el dulce y noble lenguaje que voy á trascribirte:

—El mal que te atormenta, hijo mío, no suele venir tan pronto, pero ataca inevitablemente en el crepúsculo de su juventud á todo ser humano que

no há dado otro fin á su vida que los placeres equivocados de que el mundo dispone: cuando llega á apaciguarse el ruido aturdidor que la juventud hace en nosotros mismos, hay, para todos los que han vivido solamente de las vanidades humanas, una hora de silencio solemne; el principio divino se revela en ese silencio y les habla: una luz súbita les muestra de repente el vacío de su pasado, y el vacío, aun más espantoso, de su porvenir: un sombrío disgusto les aleja de sus costumbres más queridas, y una curiosidad extraña les empuja hacia las emociones más ajenas á su vida pasada: las palabras y las imágenes que sólo merecían su indiferencia, ó que excitaban su sonrisa, deber, piedad, honor, sacrificio, se les presentan de repente llenas de un atractivo irresistible: algunos, espantados y débiles, huyen de esta luz, y sumergiéndose más y más en el cieno de sus pasiones, consiguen sofocar de nuevo la voz de su alma hasta el día del último sueño; otros, más fuertes, obedecen, con éxitos diversos, á esta tentación de virtud que Dios les envía: como dice un ilustre autor francés: «Esa es la hora en que los libertinos y las mujeres ligeras vagan furtivamente al derredor de la virtud, no osando aproximarse á ella, y deseando, sin embargo, conocerla.» Esa es la hora de las supersticiones singulares, de los retiros inexplicables, de los sacrificios, y algunas veces de los suicidios que estallan por intervalos en el mundo en que tú vives. Y bien, hijo mío,

la hora del silencio solemne ha sonado para ti; pero ten esperanza; hay un sentimiento que aun no has probado en toda su delicadeza y hermosura, que contiene en sí mismo todos los deberes y todas las virtudes, que expía y consuela á la vez.

—¿Y cuál es, madre mía? exclamé yo.

—Es el amor: el día en que ames, te sentirás curado.

Yo sacudo con melancolía la cabeza cada vez que mi madre me repite esta idea.

Y, sin embargo, su voz penetra en lo íntimo de mi alma, y su palabra, llena de calor, de vida y de fe, reanima mi espíritu abatido.

¿Cuándo volveré, me preguntas...? Lo ignoro: con pena os recuerdo, mis pobres amigos, mis locas y bulliciosas amigas. Yo os amaba, quizá con más verdad y pasión que nadie, y sobre todo para tí, Germán, mi amistad es inextinguible: tú vales más á mis ojos que todos los demás; pero ¿qué es vuestra compañía, comparada con la de este noble sér, que no sólo sabe el camino de mi alma, sino que va delante de mi pensamiento y de todas mis aspiraciones? ¿Qué son nuestras fiestas, en las que luchaban como atletas la embriaguez y el hastío, con estas dulces expansiones del alma, con esta tierna comunidad de sentimientos, con esta afección íntima y profunda que mi buena madre y yo nos profesamos? ¿Qué son esos extremos de una amistad, muchas veces fingida y pocas veces probada, comparados con este amor santo é igual,

inmenso y sereno, comparable sólo á la adorable calma de un cielo tranquilo y sonriente?

No te enojés, Germán, y llámame niño, como otras tantas veces que no he querido seguirte en tu desenfrenada carrera. Yo, al lado de mi madre, creo y espero: viejo vine de cuerpo y de corazón, y la savia generosa de estos campos florecientes parece que discurre ya por mis venas. Deseoso de ocuparme en algo, he empezado á pintar una Sagrada Familia para el altar mayor de la pobre iglesia de Valflores: el cura, buen hombre, sencillo y casi rústico, mira mi obra como si se hubiese vuelto idiota, en fuerza de estar asombrado; mi abuela dice que es una obra maestra: yo no sé lo que será: sólo te aseguro que, para pintar á la Virgen, he tenido que apartar de la memoria todos los rostros hermosos que conozco, y que, aun así, hice sin quererlo el retrato de Clotilde... ¡Oh fatal amor!... ¡Oh rebelde herida que, á pesar de todo, sangra todavía en mi corazón!

No necesito decirte que borré aquel rostro y que pedí perdón á Dios de mi involuntaria profanación.

He oído hablar aquí de una joven á quien llaman Modesta, y que yendo, dos días antes de llegar yo, á ver á la hermana del cura que se hallaba enferma, se torció un pié y está en su casa todavía: mi madre va á verla cada tarde; pero yo, cazando y trabajando en mi cuadro, no he podi-

do acompañarla, ni ella me lo ha dicho, y hace su visita acompañada de su doncella Marta, mujer de edad madura y muy adicta á la Marquesa.

Por aquí hablan todos de esa Modesta, y cada uno de los criados desea su vuelta: paréceme, por lo que oigo, que debe ser muy bonita, y preferiría que no existiera; estoy tan cansado de mujeres lindas y de las mujeres en general, que desearía no ver ninguna cerca de mí. Preguntándole á mi madre si Modesta era efectivamente linda, me respondió sencillamente:

—Es adorable y tan buena como bonita; sin embargo, hijo mío, creo que á tí no te gustará, y lo celebraré.

—¿Y por qué, madre mía?... le pregunté admirado.

—Porque deseo que halle en tí un protector y no un perseguidor, y además, porque deseo que tú no le agrades á ella.

—¿Y qué mal habría en eso?

—El de ser ella completamente infeliz. Ahora es dichosa, y podría serlo más, si quisiera, casándose con Felipe, el hijo del fabricante de azúcar.

—Sí, sí, ya sé; el hijo de ese hombre que te debe su dichosa fábrica.

—¿Te pesa que le haya protegido, compadecida al ver que se le quemó la hermosa quinta que poseía? Quiso trabajar y *le di la mano*, como se suele decir.

—Sí, la mano, y en ella algunos miles de duros.

--Que me va pagando.

—¿Y el hijo de ese palurdo quiere á tu Modesta?

—Con el alma.

—¿Y ella?...

—No lo sé, pero desearía que le correspondiese.

Hé aquí todo lo que sé de una joven hermosa que va á habitar bajo el mismo techo que yo, y á la que, te lo aseguro, ningún deseo tengo de conocer.

Vente á cazar algunos días conmigo, y recibe un estrecho abrazo de tu apasionado

PABLO.

XI

Teresa Pineda á Modesta.

Valencia, Abril de 186...

Perdona, mi querida hermana, si tardo algunas veces en responder á tus cartas y si no te escribo tanto como yo quisiera: mi casa y el cuidado de mis ocho niños me ocupan de continuo; yo no te puedo explicar cuánta es la diversidad de mis ocupaciones, y cómo se suceden en mi mano la plancha á la aguja, y el aseo de la casa al cuidado de confeccionar para mi querido Esteban alguno de los platos que son de su gusto y que, aderezados por mí, saborea con indecible placer.

No obstante, estas variadas y múltiples ocupaciones no me pesan: al contrario, me entretienen agradablemente; nos hallamos muy bien en esta bella ciudad, y estando el uno al lado del otro, Esteban y yo nos hallaremos perfectamente en todas partes; ésta es una verdad de que estoy profundamente penetrada. Cuando mi marido está cerca de mí, todo es bueno y fácil; yo me siento valerosa, porque me veo protegida; ambos tenemos, por todo lo que es serio, la misma manera de ver y de sentir; yo le estimo, le respeto y le amo; él me ama á mí también con toda la sinceridad de su alma honrada, con toda la verdad de una afección intensa, de una amistad tierna, de una confianza sin límites, y esto, hermana mía, después de doce años de matrimonio y después de haber pasado por muchas penas y mucha escasez.

Pero ¿qué importa? Cuando una mujer ama y aprecia á su marido tan profunda y verdaderamente como yo amo al mío, la vida para ella es dulce, aunque riegue con algunas lágrimas el sendero por donde camina. Yo he conocido, en todas las pruebas, que su corazón es todo mío y exclusivamente mío: ninguna otra afección ha venido á mezclarse como una nube negra en nuestra apacible unión, y nuestros hijos son los eslabones de flores que sostienen este hermoso y dulce lazo.

Sólo te deseo, por toda dicha, una suerte igual, mi amada Modesta: no es probable que se te presente un partido rico, pero no lo desees tampoco;

con tus gustos sencillos, tu afición al santo trabajo y tu claro talento natural, no necesitas riquezas para ser dichosa; el no poseer una gran fortuna es casi una felicidad. Si, hermana mía, vivir por el corazón y no por el cuerpo; bastarse á sí propio, y no tener ambición ni envidia; despreciar sinceramente la opulencia, amando á los ricos como á hermanos, es un verdadero bien; la humilde medianía en que vivo no impide que tenga una bonita y aseada casita, un ajuar que brilla de limpieza y ocho ángeles hermosos que, aunque vestidos de percal ó lanilla, ríen y juegan, y se mantienen sanos y sonrosados.

Para mí es un verdadero placer el trabajo que me impongo para que mi marido se halle á gusto en su casa, para que tenga cerca de su mano el libro que más le agrada, y ante los ojos las flores que prefiere.

En cuanto á mis hijos, yo confío darles todo lo que está á nuestro alcance, que es una buena educación. Inés aprenderá la pintura; Octavia, la música; Clementina, inglés y francés; cada uno de los cinco niños seguirá su carrera, y lo que sus hermanas aprendan no será sólo á manera de adorno, sino con la solidez bastante para que algún día puedan enseñarlo á su vez: en los tiempos tempestuosos que atravesamos, es obligación de todos los padres previsores enseñar á sus hijos alguna cosa que les haga ganarse la vida honrada y decorosamente; la educación cristiana, unida á

algún talento práctico, es hoy la única salvaguardia de una joven; sabiendo orar y trabajar, no puede sucumbir ni á la tentación ni á la necesidad.

Pero yo no te hablo más que de mí, de mi marido y de mis hijos, que es como hablarte de mí misma, hermanita mía; perdona mi egoísmo, y cree que tú eres también una parte de mi corazón.

Tu carta última me hizo derramar lágrimas. ¡Con qué virtud, con qué firmeza tan rara en tus pocos años, te has contentado con tu triste suerte! ¡Ah Modesta mía! cuando te he dicho que era feliz, me engañaba; tu presencia, encantadora y dulce como un rayo de sol, hace falta á mi dicha. ¡Con qué placer yo, que ya voy dejando de ser joven, admiraba tu pura y angelical belleza! ¡Cómo tu risa sonora hallaba un eco en mi alma y la alegraba! ¡Parecíame escuchar, cuando oía tu canto, el himno de la juventud! Llena de orgullo te veía trabajar á la luz de nuestra humilde lámpara, y al mirar tu rubia cabeza inclinada, tu gracioso y nevado cuello, tus manos de marfil, de donde brotaban los encajes, y muchas veces los remiendos de la ropita de mis hijos, te comparaba á esas jóvenes princesas de los libros de caballería, cuya belleza obligaba á los caballeros á tan gigantescas hazañas.

Ahora, Modesta de mi alma, ahora recuerdo llena de pena tu hermosura, tu gracia, tu natural

y exquisita elegancia, y no sólo tiemblo al verte lejos de mí, sino que temo que tantas perfecciones, tantas bellas dotes del alma, se queden sin ser conocidas y apreciadas, ó sirvan de cebo á alguno de esos elegantes sin corazón, que, por ser amigos del nieto de la Marquesa, irán sin duda á visitarla al castillo.

Si yo pudiera asegurarte un esposo de modestos haberes, pero honrado, laborioso y que apreciase lo que vales, nada más pediría al cielo, y esto es lo que ahora le demando todos los días.

No creas, Modesta, á ninguno de esos hombres de que te hablo, si por desgracia fueran éstos á Valflorés y se dedicase á tí alguno de ellos; desconfía, sobre todo, de Pablo de Hinestrosa; él no se acordará de mí, pero yo le recuerdo perfectamente, y si responde á lo que hacía temer de niño, no será posible hallar un hombre más fatalmente dotado; y no pienses que, al hablarte así, quiero precaverte de una seducción común: no, hermana mía, porque tú sobresaes de la multitud, y no sucumbirás á vulgares asechanzas ni á la rutina de los libertinos; quiero precaverte hasta de la idea de casarte con ese hombre: aunque sea muy rico y de una condición muy superior á la nuestra, jamás aprobaré que te cases con quien se le parezca. ¿Qué puede la riqueza para la felicidad? Todo el dinero del mundo no basta á comprar ni la salud ni las afecciones; la opulencia es frecuentemente una carga, y siempre una tentación; yo te

escribo con mi marido á mi lado, rodeada de mis siete hijos y teniendo al menor sobre mis rodillas. ¿Qué tiene que ver la riqueza con esta felicidad tan santa y tan pura? ¿Qué podría añadir á ella? Algunos encajes en los vestidos de mis niños, algunos muebles de terciopelo y seda. ¿Y aumentaría esto algo el amor que nos une?

Mi plegaria cotidiana es la del rey David: *Libradme, Señor, de las necesidades más precisas, y de la excesiva abundancia.* Este es el ideal en que yo me he fijado para tí: ni la extrema pobreza que abate el corazón, ni la opulencia que le endurece, sino el trabajo, el orden, la tranquilidad doméstica.

Mi Inés te envía diez besos por el lindo gabán, obra de tu aguja; los demás niños, seis por cada par de medias; Esteban te envía un traje blanco que yo he cosido para tí, y de mi parte es el ancho cinturón azul que le acompaña.

Todos te abrazamos con ternura.

TERESA.

XII

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Abril de 186...

A pesar de mi triste disposición de espíritu, mi querida mamá, voy á hablar contigo, para lo cual estoy siempre dispuesta, cualesquiera que sean mis impresiones.

Desde que mi hermano ha salido de casa para ir á tu lado, estoy más triste que antes. Pablo, á pesar de no estar acorde con mis gustos, en la mayor parte de las cosas es para mí un amigo; al fin, él constituye mi más cercano apoyo, ya que tú, madre mía, te has separado de mí para consagrarte á tus pobres y á la soledad.

Mi tía es cada día más extraña á mis ideas y á mis hábitos: á la verdad, yo hago todo lo imaginable para amarla, y ni tolerarla me es posible: todo me disgusta en ella: es superficial, presumida, ligera como una niña de quince años, y, á su edad, todo esto me parece sobremanera ridículo.

Por lo que hace á descansarme de los cuidados de la casa, no me puedo quejar: ya te he dicho otras veces que su actividad es sorprendente, y que el tiempo le alcanza para todo: de todo cuida, á todo atiende, y yo, si me lo permitiera mi ca-